

Ante el V centenario del nacimiento de Isabel I de Castilla

Pocas veces se presenta en la historia de un pueblo una conjuntura tan propicia para rendir un fervoroso y unánime homenaje, tan sincero y de tanta profundidad, como el que nosotros queremos rendir, posternados ante la magnificencia de sus méritos, a nuestros Reyes Católicos. No han bastado estos siglos para debilitar nuestro entusiasmo y gratitud sino que, por el contrario, perduran cada vez más fuertemente unidos a nuestras almas, y aquellas generaciones que sucumbieron por el fallo inexorable del tiempo ponen ahora en nuestros ojos sus mejores lágrimas de emoción.

Ahora pues, festejamos el quinto centenario del nacimiento de nuestra Reina Isabel, la egregia figura de más temperamento y relieve, sin duda, a lo largo de toda nuestra historia. Bien lo merece quien mandó aventar a los cuatro puntos cardinales toda la sustancia de nuestra sustancia para que prendiera en los ajenos corazones todo el contenido espiritual nuestro, que es la herencia sacrosanta que nos legaron ese bendito puñado de héroes y mártires de que se nutre constantemente nuestra raza.

Tenemos que declarar la profunda emoción que nos embarga el hecho de presenciar el respeto y admiración con que todos los pueblos del mundo nos miran en este día. Y es que frente a ellos pasan, en magnífica evocación, todas nuestras grandes y numerosas gestas a las que podemos calificar de providenciales porque ese fué, sin duda, el alto designio con que quiso honrarnos Aquél que todo lo dispone. ¿Cómo, si no, podemos comprender que aquel puñado de valientes pudieran conquistar, en el Nuevo Mundo, extensiones y poblaciones tan superiores a su esfuerzo?

Es verdad que no pocas veces tuvimos que intimidar a la obediencia con los argentados destellos de nuestras espadas, pero no es menos cierto también que lo primero que les ofrecíamos era la paz augusta y protectora de nuestra religión. Es decir, antes de crear otros lazos terrenos correspondientes a los conquistadores y colonizadores, se buscaba, por todos los medios, despertarles su espiritualidad a fin de convertirlos en miembros útiles de una sociedad regida por los principios humanos y prometedores de nuestra moral cristiana.

No podemos quejarnos de la cosecha obtenida en los bienes espirituales de entonces. Ganamos para la cristiandad muchos millones de almas, y hoy palpitan infinidad de razas bajo el aliento divino de la cruz. Muchos seres que vivían con la misma condición de las

bestias fueron redimidos de su esclavitud; y los trabajos se hicieron más humanos, la producción mejor dirigida, el respeto mutuo por encima de todo, la obediencia ante las jerarquías, una férrea disciplina. Aquel sentimiento innato en las criaturas conscientes, que se llama justicia, fué hecho, en lo que nos es posible, una realidad para todos. Con tan nobles y piadosos postulados no era aventurado suponer la recogida de una mies óptima. Y ahí está.

Sin embargo, el mundo que nos mira no ha sabido sacar de ello ninguna lección provechosa y acabamos de ver, con no poca amargura, que en épocas bien recientes, grandes pueblos llamados a representar un papel muy principal en el concierto del mundo, quisieron aherrar para siempre a otros pueblos, sin contar para nada con el espíritu de éstos, antes por el contrario, yendo abiertamente contra él. Así fué el resultado.

Pero no siempre nos concede Dios, porque sin duda no lo merecemos, mentores tan insignes como los que en las postrimerías del siglo XV fueron los artífices, alabados por todas las generaciones, de la Unificación, Reconquista e Imperio de España.

Al llegar a este punto tengo que declarar mi incapacidad, mi falta de dotes, no ya para analizar, sino siquiera para tratar del período más esplendoroso de nuestra Historia. Pero séanos dada, al menos, esta ocasión para que nuestro corazón pueda mostrar su efusiva admiración ante el hogar ejemplarísimo de nuestros Reyes Católicos. Pocas veces ha premiado el cielo con tanta esplendidez como premió a tan egregios consortes en sus desvelos patriotas. De reyes providenciales se les califica, puesto que de haber seguido normalmente el curso de la historia nunca hubieran podido reinar, no solamente juntos, que ni siquiera separadamente; pero España había sido elegida para ser uno de los más importantes pueblos, y ellos fueron los llamados a ver convertido en realidad el sueño más dorado que tuviera criatura alguna, cubriéndose de gloria imperecedera.

Bien es cierto que no regatearon sacrificio alguno. Sus fatigados cuerpos bien sabían de las incomodidades de su constante caminar, «venciendo las alturas de las montañas», por vericuetos imposibles para ir, de un extremo a otro, en pos de todas las soluciones, con el fin de conseguir una España unida que facilitara los preparativos de la batalla final a los enemigos de Dios. Y si son grandísimos sus merecimientos para que nosotros le otorguemos eterna gratitud como homenaje sin par a sus excepcionales dotes políticas, ¿qué tendríamos que decir, que ya no lo hayan dicho ilustres y documentados varones, respecto de—¿cómo decirlo?—su justa e íntegra catolicidad?

¡Cuánto tenemos que aprender viéndolos como simples jefes de familia! En todas sus acciones se podía apreciar una amplia serenidad y una plena confianza en Dios. ¡Qué ambiente de seguridad, de sencillez, no exenta de augusta autoridad, de entera paz y decencia se respira allí! Qué a gusto nos sentimos junto a ellos, bien lo sabe Dios. Y es que el Rey, y es que la Reina, sin hacer dejación de sus

obligaciones mayestáticas, tienen conciencia de la responsabilidad que les alcanza como progenitores que son de una familia a quien hay que marcar, con el ejemplo, un camino que sirva además de norma a toda su Corte, para que así trasciendan las buenas costumbres al pueblo. Por eso, y porque son católicos en su exacta medida, cuidan muy bien de que sus actos sean de la más pura honestidad, si podemos decirlo así. La Reina Isabel, sobre todo, era extraordinariamente celosa de la buena reputación de su casa, y en este calor de buena y estrecha moral cristiana crecieron todos sus hijos, que vieron bien de cerca en qué poca cosa estriba la felicidad de este mundo cuando dos seres quieren amarse y comprenderse dentro de la mayor dignidad ¡Qué lástima que los sufrimientos familiares los consumiesen en sus ocasin! Pero, qué ejemplo más maravilloso para todos los que vivimos estas turbias horas en las que el mundo se agita como en un tremendo torbellino de locuras!

Bien se merecen, pues, nuestro constante recuerdo y, por tal causa, celebremos hoy, radiantes de alegría, el quinto centenario del nacimiento de aquella gran Reina que se llamó Isabel I de Castilla.

MARIANO E. CARDENAL

SUSCRÍBASE USTED

a la *COLECCION DE ESTUDIOS EXTREMEÑOS*, de la que han aparecido, hasta ahora, los volúmenes siguientes:

- 1.—*Don Gutierre de Sotomayor, Maestro de Alcántara, (1400-1453)*, por Miguel Muñoz de San Pedro.
- 2.—*La vida en Cáceres en los siglos XIII y XVI al XVIII*, por Miguel A. Orti Belmonte.
- 3.—*Desde la lejanía* (Poemas), por Alfonso Albalá Cortijo.
- 4 y 5.—*Historia del culto y Santuario de Nuestra Señora de la Montaña, Patrona de Cáceres*, por Miguel A. Orti Belmonte.
- 6.—*Para una interpretación extremeña de Donoso Cortés*, por Francisco Elías de Tejada.
- 7.—*Extremadura y el franciscanismo en el siglo XVI*, por José Luis Cotallo, y
- 8.—*Tres escritores extremeños (Micael de Carvajal, José Cascales Muñoz, José López Prudencio)*, por Francisco Elías de Tejada.

TRIPTICO DE ESTAMPAS EXTREMEÑAS

El Jerte, enamorado

Valle abajo camina alborozado;
frente al Puerto, su limpia veste aldeana
adorna con cimera cortesana,
avanzando gentil y engalanado.

Con gesto de doncel enamorado,
su argétea capa tiende a la Sultana
y con prestancia singular se afana
por mecerla en su tálamo embrujado.

En Puente Nuevo sus cabellos peina
y ofrece el rostro de su cauce claro
al beso casto de la esposa y reina.

¡Y, sobre plinto de cristal preclaro,
destaca la radiante lozanía
de la bella ciudad, flor de hidalguía!

Emérita Augusta

Mecida por las ondas del Guadiana,
Emérita le muestra al peregrino,
como un vivo y glorioso pergamino,
veraz resumen de la historia hispana.

Predilecta del águila romana,
Augusto la emplazó con diestro tino,
y la prócer ciudad, en su camino,
gozó la miel de la grandeza humana.